

El Cura irrumpe en el silencio con los ruidos que retumban en la oquedad de la iglesia al colocar los asientos para recibir a los fieles y la gente cruza por uno y otro lado dando vuelta a la manzana del tío Garrancho y sus rincones, de los que sería el más notable el de la iglesia reciente.

La manzana del tío Garrancho estaba formada por las calles de Machero, Urosas, Santo, Crudo, Altillo, lugar de la iglesia con orientación saliente-mediodía y calle de Madrid que cierra el circuito.

El tío Garrancho, abuelo de mi amigo Reyes Cateto, el hombre de la Vidala de Candelos y la Venancia que tenía la portada en la que tomaba el fresco enfrente de la de las Monas sentado en una silla baja que le dejaba la potra descansando en el suelo, por lo que los quintos le sacaron aquel cantar que decía:

“ La potra del tío Garrancho,  
la han llevado a la estación;  
y el señor jefe le ha dicho  
que no coge en un vagón.”

Garrancho era del grupo de los Estrellas, pero de diferente constitución, rechoncho, gordo y poco aficionado a la caza.

De los demás fue modelo Estrella, un garabato de incontables dobleces revestido por un gabán tan holgado que parecía sin contenido, sombrero volandero, renegrado y arrugado con grandes botas de paño negro abrochadas con hebillas endebles del mismo color y la garrota de continuo uso como si le fuera imprescindible su asidero.

La iglesia podía tener su entrada por el esquinazo de Fernando Huertas, la puerta más abajo de Serapio Vaquero, (saltándose la caseja de la hija del mayor de los Malagueñas) modelando el estrecho con la casa de Malagueña y encajando la corriente por el Altillo abajo como se ha visto siempre. Cerca de la iglesia, como complemento de la obra, estaría muy bien un pequeño colegio de monjas para niñas de grandes aspiraciones. Nada favorecería tanto ese barrio ni alegraría más el Altillo abriéndole las puertas al porvenir.

El Altillo era lugar de tránsito frecuente para Eulogio, desde los amaneceres que iba a entrarles el “deo” a las tinajas antes de bajarse a la plaza, hasta el cubreluz que iba a ver si había ocurrido algo, todo el día estaba que voy que vengo en estrecha relación con la vecindad, aunque más con Eusebio el Porrero, los Malagueñas y el hombre de la María Engracia, tenaces persecutores de las liebres de la Vega Ocaña y tenían llenas de pellicas las paredes de la casa como la bodega de Benito.